

Entre el deseo de saber y las vicisitudes del aprender

En todas las definiciones de educación está presente una cualidad relacional que parece ser inherente a los fenómenos educativos. Esta índole relacional da cuenta de una trama que enlaza lo que surge del individuo con lo que proviene del entorno, del otro.

Ya se trate de la educación temprana familiar, hogareña, o de la educación intelectual institucionalizada y sistematizada en sus variadas áreas, el acto educativo constituye una zona de cruce de individualidades, de deseos, de expectativas, de propósitos, de designios culturales e intenciones personales, de razón y de ilusión, de ideales y realidades.

Desde esta zona de cruce si todo va bien se constituirá un tejido, una red donde circularán los afectos que se activan e impregnan el educar-aprender, los deseos que lo mueven, las fantasías que lo figuran y los símbolos que lo expresan en su significación.

El enseñar -aprender presupone una relación bipersonal marcada por los afectos y por la transferencia positiva o negativa, lo que nos ubica frente a las raíces inconscientes de la relación enseñante-aprendiente, y en esta relación se inserta un tercer término el saber y esto en cada uno en su relación con el saber, incide produciendo cambios que marcarán en ellos lo esencial del proceso educativo.

El niño supone el saber en sus padres o en sus docentes y espera recibirlo de ellos. Pero no basta que el adulto posea el saber, el aprendizaje solo se garantiza si el niño los hace depositarios de ese saber y entonces sí puede desear obtenerlo de ellos. En esto están las huellas del amor de y a sus mayores (lo que los engrandece e idealiza) y de esto mismo espera recibir.

Es el peso del afecto y sus matices que cuenta en la dinámica profunda del proceso educativo, de los contenidos se ocuparán las ciencias, y la pedagogía en el sistema cultural de pertenencia.

Si nos preguntamos por el deseo de saber nos encontramos con un fenómeno de enorme vitalidad que mueve y sostiene la indagatoria humana desde las curiosidades de la infancia temprana hasta los adultos embarcados en complejas investigaciones científicas.

El deseo de saber tiene una prehistoria que se teje desde fuerzas pulsionales y mueve la investigación de la sexualidad infantil, que se desarrolla en dirección a los orígenes, el suyo propio, el de otros, el de su sexo, lo que a su vez lo lleva a constatar la inquietante diferencia y a demandar un por qué a todo eso.

Para el niño el “saberlo todo” es un atributo de sus padres una atribución que él les confiere y que como veíamos espera respuestas que le permitan obtener de ellos lo que desea. Lo que obtiene lo frustra y comienza una búsqueda personal que lo lleva a construir-crear teorías. Las teorías sexuales infantiles son creencias surgidas entre lo vivenciado en el propio cuerpo y los datos de su investigación sexual infantil en su mundo circundante, lo visto, lo oído, en el contexto familiar. Pero el apetito de saber no es saciado por esta vía y la frustración campea. Se generaría así un primer conflicto entre su saber

precario y pulsional y el del adulto también precario pero investido de autoridad. A su vez la información veraz también frustra. Ahí operará la represión y toda la investigación sexual infantil permanecerá inconsciente.

Una cosa es recibir información, otra es saber, llegar a saber es un proceso personal de construcción desde lo que obtiene del otro, tejido con lo que viene de su propia historia.

El deseo de saber está mediado por procesos identificatorios con el otro adulto (familiar, docente) en su calidad de “sabedor,” realiza así su deseo infantil inconsciente de poseer todo el saber. Acá estarían también los orígenes del deseo de enseñar.

El deseo de enseñar. Es lo recíproco del deseo de saber del niño.

Lo pensamos sostenido entre otras cosas con fenómenos identificatorios con el que aprende. También como comprobación de que lo que tiene para dar es bueno (lo que a veces puede vincularse a dudas subyacentes). Tolerancia, paciencia y generosidad además de conocimientos impregnan lo demandado al docente en su función, lo que la complejiza.

A la pregunta ¿Qué necesita un niño para aprender algo? Entendemos que no se trata solo del dominio de una técnica sino una apropiación subjetiva de aquello que se le enseña. Porque el sujeto aprendiente es un activo constructor de aquello que le es ofrecido como novedad, al aprenderlo construye algo nuevo, le pone su sello personal.